

COMPENSACION

El bien y el mal sólo consisten en la manera de ver, de sentir. — SHAKESPEARE («Hamlet»).

I

¡¡ Miau !!! ; Miau !... ¡¡¡ Marramiau !!!
— ¡ Cállate, condenado ! ; Que no pueda yo contigo y que te salgas con la tuya de que te oiga el teniente !
¡¡ Mau !!!... ¡¡¡ Marramau !!!... ¡¡¡ Marramau !!!...

El magnífico Angora se defendía con uñas y dientes ; como suele decirse, « como un gato boca arriba ». Pero ya lo tenía el ordenanza cogido por el pescuezo y blandía el cuchillo. Su fin era

inevitable, cuando se oyó una voz sonora, voz de mando :

—¡Martín! ¿Qué vas a hacer? ¡Suelta ese animal al instante!

—Usted manda, mi teniente—dijo con humildad el soldado.

El gato se escurrió y, no hallando salida, se acurrucó en un rincón de la tienda de campaña donde ocurría la anterior escena.

El oficial trató en vano de acariciarlo, y, acercándose a Martín, le dijo con acento paternal :

—¡Buenas te ha puesto las manos! Pero peor podía ser; te pudo sacar los ojos. Anda, lávate en el río. ¿En dónde está Zamora?

—Encendiendo la lumbre, mi teniente.

—Llámalo.

El soldado obedeció y a los pocos momentos volvía con otro ordenanza, que se cuadró militarmente.

—Zamora, ¿te conoce a ti ese animal?

—Sí, señor, mi teniente; a todos nos conoce.

—Pues a ver si lo amansas y se lo llevas a esas señoritas, con encargo de que no lo dejen salir; y como el gato vuelva por el campamento, ¡cuidado con que se le toque!

—Está bien, mi teniente.

Volvió el oficial la espalda y Zamora se acercó temblando al gato, que estaba hecho un ovillo; pero sin duda eran buenos amigos, porque se dejó acariciar y pudo llevárselo.

Salió entretanto Martín y puso un caldero en el fogón improvisado con piedras y alimentado

con yaguas y hojas secas de palmera, murmurando entristecido :

—¿Y qué van a comer hoy los oficiales? No queda apenas nada: un poco de tasaio, unas sardinas; se acabó el tocino. ¡Y tan bueno como hubiera estado el gato de las «insurrectas», que es una pura manteca!

II

—¿En dónde estará «Chichy»? *Banina*, ¿tienen por ahí a «Chichy»?

—Yo, no; hace lo menos dos horas que no está en la casa.

—Mamá, ¿has visto al gato?

—Carita, hija mía, están las cosas muy serias para que te preocupes tanto por un animal. ¡Va ya un mes sin que tengamos noticias de tus hermanos!

—Sí, mamaíta; pero, ¿qué culpa tiene «Chichy»? Ahí cerca están los soldados.

—¿Y qué tiene que ver eso con el gato?

* * *

—Doña Caridad—dijo una sirvienta entrando

en la habitación:—ahí está un asistente que pregunta por su merced; trae a «Chichy».

Carita, la joven que tanto se preocupara, salió corriendo al zaguán, en donde estaba Zamora, pues había entrado por la puerta de servicio, con el gato en brazos.

El soldado se cuadró como si estuviese ante un jefe y dijo:

—Con su licencia; de parte de mi teniente les traigo a este gato para que hagan el favor de encerrarlo.

—¿Por qué? ¿Se ha vuelto rabioso o ha hecho algo malo?—dijo Carita cogiéndolo asombrada.

—No, señora; es que Martín, el que cocina para los oficiales, lo iba a matar para guisarlo, y el teniente Ezpeleta no ha querido.

Carita dió un grito y apretó al minino mimosa, besándolo, mientras su hermana, a quien parecía divertir el caso, preguntó:

—Pero, ¿los españoles comen gatos?

—Señorita, cuando los españoles no tienen qué comer... Hasta ahora no comieron más que lo que había; como ya no hay nada... pues... Con permiso...—y el soldado hizo ademán de retirarse.

—Aguárdese usted—dijo la señora.

Creyó el honrado muchacho que se trataba de gratificarlo e hizo un gesto negativo.

—No—exclamó la señora,—dinero no he de darle... no lo tengo. Pero sí algo para que hoy, por lo menos, coman los oficiales.

Y ella misma entregó al ordenanza cuanto éste pudo llevar.

Carita encargó al soldado le dijese al teniente Ezpeleta que le quedaba muy agradecida.

* * *

Aquel día comieron los cuatro oficiales que estaban en aquella avanzada; gracias a la magnanimidad de «las insurrectas», como eran llamadas doña Caridad Blanco y sus hijas, por tener a los dos hijos varones peleando en el monte contra las tropas españolas que trataban de sofocar la insurrección que estalló en los campos de Cuba sin grande importancia y había tomado el carácter de una encarnizada guerra.

«Chichy» dormía en la falda de su amita, que pensaba en el teniente Ezpeleta, mientras la señora, comentando el caso, decía:

—¡Por qué existir la guerra, si todos somos hermanos!

III

Doña Caridad era viuda de un hacendado.

Ella, su esposo y toda su familia eran cubanos de cepa; pero siempre, y sobre todo desde

que, recién casada, hizo un viaje a España, sintió acendrado amor por la madre patria. Así, lamentaba cordialmente la insurrección y la intervención norteamericana, sin que jamás saliese de sus labios una queja contra España ni su Gobierno. Sus dos hijos varones, jóvenes, enardecidos por la fiebre de la Independencia, abandonaron familia y hacienda para incorporarse a una partida en el monte.

La situación financiera de la señora Blanco era entonces harto comprometida; pero era tal su legendaria generosidad, que, olvidándose de que sus riquezas estaban perdidas, seguía amparando al que le pareciese necesitado. Caridad y Avelina (que seguían siendo *Carita* y *Banina*, como de pequeñas las llamaban) no sabían cómo animar a su madre, que veía derrumbada la felicidad de sus hijas; comprometido el buen nombre que heredaron sus hijos; deshecha aquella hermosa realidad del bienestar de todos.

No quedaba nada de sus magníficas cosechas, arrasadas en las fincas. En aquella grandiosa casa de altos y bajos que vivían y que necesitaba diez o doce criados, sólo permanecían dos sirvientas, Rosa y Guadalupe, nietas de esclavas libertas de los Ingenios de aquella familia poderosa un día. Pobres muchachas, criadas a la vera de su ama, fieles a pesar de la ola envolvente de ingratitud que allí, como en todas partes, imperaba ya en el pueblo.

Y, sin embargo, aquella mujer era fuerte en

su desgracia: su indulgencia sin límites hallaba una disculpa para todo error; su corazón, un consuelo para toda pena. En el trato social, su conversación era atractiva; sabía hablar de muchas cosas con conocimiento de causa. Había educado a sus hijas sin pedantería y había tenido la magna ciencia de infundirles el deseo de parecerse a ella.

IV

Los tenientes Ezpeleta y García Robles fueron designados por sus otros dos compañeros para cumplir con aquellas señoras el deber de cortesía de visitarlas en la misma tarde.

Estaban en la avanzada, en relativa tranquilidad; los compañeros atenderían al convoy de víveres que se esperaba.

Manuel Ezpeleta era lo que se llama un oficial bizarro; hijo y nieto de militares, de familia aragonesa, había nacido en la propia Zaragoza y tenía, como todos sus hijos, el valor, la noble franqueza y la profunda devoción a la Virgen del Pilar.

Era alto, delgado, moreno; tenía unos ojos grandes, negros, profundos, de mirar dulce, acariciador, un tanto triste. Ojos a cuya mirada

obedecían los soldados, a cuya suave caricia se rendían las mujeres. Hubiera podido ser un tirano en aquellos días de mando, y era un padre. Hubiera podido ser un don Juan en aquella época de desmoralización para el país, y era poco menos que un cartujo.

Sus amigos, al ver su tristeza, decían que había dejado a su novia «rezándole a la Pilarica», y él movía la cabeza diciendo: «En Zaragoza dejé a mi madre, a nadie más que a mi madre y en ella pienso constantemente: la Virgencica me la guarde.»

Y como siguiesen en sus bromas, el oficial les decía: «Me da horror esta guerra; me dice el corazón que vamos a perder esta tierra de oro, florón de la corona de España y me espanta pensar en tal derrota.»

Ezpeleta tenía 25 años y veía lo que los exaltados en su ofuscación se negaban a reconocer.

Julio García Robles era madrileño. De figura fina, ojos azules, color sonrosado a pesar del influjo del sol tropical; usaba un bigotito negro que le hacía lucir unos dientes blanquísimos, conservados con esmero aun con lo difíciles que resultaban en campaña ciertos cuidados. Diríase que para su persona no existía dificultad.

Era huérfano; tenía varios hermanos y fué a Cuba de voluntario «para no aburrirse». Su carácter alegre le hacía muy querido de sus compañeros y de los soldados, pues, aunque no hubiese qué comer o arreciasen las balas o la

lluvia, el oficial tenía por norma poner «a mal tiempo buena cara».

Su asistente, Zamora, era una especie de escudero fiel, pues el teniente «se las traía»; pero era bueno el oficial a pesar de todo, bueno de verdad, por lo que quería entrañablemente a Ezpeleta.

V

Las «insurrectas» recibieron amablemente a los dos oficiales; les agradecieron la visita diciendo que nada hicieron ellas, y en cambio, gracias a ellos tenían vivo a su gato.

— Si no llega a ser por este amigo — dijo García, refiriéndose a Ezpeleta, — lo que hubiera sido de *Titi*... ¿No es así como le llaman?

— No — contestó *Carita*; — le llamamos *Chichy*. Pero díganos usted, ¿qué iban a hacer con él?

— Según he oído — repuso García, a quien Zamora había contado el disgusto y la decepción de su amigo Martín, — el propósito del cocinero era preparar una sopa con los desperdicios y hacer con las partes carnosas un guisado suculento.

—¡Pobrecito!—decía la niña, y miraba a Ezpeleta como si fuese su propio salvador.

—¡Cosa linda!—añadía su hermana, sonriéndole a García, que merecía la palabrita última tanto como el Angora.

Y ambas se comían a besos al animalito que, cansado ya de tanto mimo, fué a acostarse en un ángulo de la galería, entre sol y sombra.

—¿Y dónde viven ustedes?—preguntó la señora.

—Donde podemos; actualmente tenemos unas habitaciones en el solar de Catana, junto al río, sólo para dormir, y nos guisan los asistentes donde nos encontramos; estamos bien con respecto a la ropa y a cuanto necesitamos, pero, suponiendo que no salgamos pronto a operaciones, no podremos seguir allí, pues la pobre mujer está amenazada y en la población nadie compra ya en su tienda como no sea al fiado.

Esto lo dijo Ezpeleta con honda preocupación.

—Bien—dijo doña Caridad;—ustedes pueden encontrar otro alojamiento más seguro para ustedes mismos, aquí, cerca de la ciudad. ¡Qué remedio les queda a las familias que se encuentran mal por causa de la guerra, más que dar hospedaje para obtener algún ingreso! Yo puedo recomendarlos, no se apuren.

Ambos amigos se miraron.

—¡Ingresos!—dijo la pícara mirada de García.

—Eso es lo que pronto no tendremos—con-

testó la elocuente de Ezpeleta.—Las pagas llegaban con retraso hacía algunos meses.

Pero ambos compañeros nada quisieron decir de ello, y, corteses, agradecieron la buena intención de la señora.

Se despidieron prometiendo visitarlas de nuevo, y las «insurrectas», madre e hijas, quedaron prendadas de los españoles.

No pasaron muchos atardeceres sin que García Robles arrastrase a su amigo hacia la casa «para pasar por allí únicamente», y ya muy pronto se sentaba Avelina por las tardes a hacer calados de almohadilla o a bordar, en el balcón bajo, vestida de blanco, con las trenzas recogidas y adornadas con una flor.

A la semana eran novios y al mes se adoraban.

Ezpeleta acompañaba a su amigo en las visitas que alguna vez era preciso hacer, pues aunque los coloquios por el balcón eran muy interesantes, se imponía cumplir con la madre y la hermana de *Banina*. Era ésta una alegre y juguetona criatura, que parecía nacida para aquella especie de Aramis, tan simpático, tan vergonzoso y tan galán.

VI

A la señora viuda de Blanco le simpatizaron desde el primer momento los oficiales, particularmente Ezpeleta, y un día que éste dijo que debían dejar el rancho (1) de Catana por no comprometer a aquella buena mujer, que tenía una tiendecita de comestibles y era al mismo tiempo lavandera, le contestó en un arranque de los suyos:

—Vénganse ustedes a casa: comeremos mientras tengamos qué comer. Si no es carne será arroz, frijoles, bacalao, plátanos...

—Pero, doña Caridad, nosotros no podemos consentir...

—¿El qué?

—El no abonarle lo debido y hoy no podemos responder... No nos pertenece nada; ni nosotros nos pertenecemos...

—No hay que hablar de eso; desde luego que ustedes vienen a mi casa pagando, y me pa-

(1) Nombre con que designan los naturales sus modestas casas.

gan cuando les paguen. Es mejor esto que comerse a *Chichy*—añadió, festiva.—Hoy todos somos pobres, pero a lo menos en nuestra casa ustedes sufrirán sus privaciones en familia.

El oficial no supo qué decir ante aquella bondad puramente maternal, que, ocultando su propio pesar, sonreía como si dijese: «Dios sobre todo».

Miró a su amigo, que, de puro confundido, sólo había escuchado hasta entonces y que contestó con un ademán de ambas manos, que significaba: ¡Esto no puede ser!

—¿Qué?—dijo ella.—¿No les parece a ustedes bien lo que les propongo? Dicen que «en la guerra como en la guerra»; yo así lo entiendo y estas cosas las hago pensando en mis hijos. Aquí no hay enemigos, sino víctimas.

—Dios la bendiga a usted, señora—dijo García, que, como todos los caracteres volubles y ligeros, era muy impresionable.

—Y la Virgen del Pilar la guarde como a mi madre—dijo Ezpeleta.

VII

Cuando las niñas, que aquel día no estaban en su casa, se enteraron de lo ocurrido, no lo

aprobaron, sin atreverse a decírselo a su madre.

A pesar de su aturdimiento, no le pareció bien a Avelina tener de huésped a su novio; pero ¿qué hacer? Su madre ignoraba aquellas relaciones, pues la vida de campaña no le permitía al oficial ni siquiera ser un aprendiz de prometido, aunque él en su parla graciosa dijese que aquéllos «eran unos amores de aprendizaje».

Lo decía por ella, que tenía solamente 16 años y como era aquél su primer suspirado novio, era de una ingenuidad aplastante su manera de querer.

—Julito, no te enojés, que cuando estás serio te me pareces a *Chichy* bufando—le decía, riéndose.

—Sí, eso es—contestábale él, embelesado,—compárame al gato. Por lo menos, si me quisieras como a él...

—Te pondría un lazo.

—O me darías un beso.

—Esa es la cosa: el beso que no he de darte. ¿Sabes lo que canta *Lupe*?

*Yo no acostumbro, no, a los hombres besar;
que esa costumbre es difícil de quitar.*

—Pues mira que el versito es... de un poeta... Anda, rica; que «la vida es sueño» (y eso sí que es poesía y ¡ay! verdad). ¿Me quieres mucho?

—Sí; pero no te beso. Si *mamaíta* lo supiera...

—No se enfadaría, porque ella ha estado en mi Madrid del alma y sabe que allí somos *gatos*... Déjame al menos besarte la flor del pelo, por esto.

—¿Porque eres *gato*? Pues, toma, besa a *Chichy*.

Y le plantaba al animalito por la balaustrada.

—...¿Pero, es verdad, Julito, que las mujeres casadas tienen novio?

—¿Cómo se entiende?

—Es lo que te pregunto, ¿cómo puede ser? Ayer le contaba Rosa a *Lupe* que la señora del doctor Acosta, el que se fué a la insurrección, tiene amores con un joven extranjero riquísimo, que le manda dulces y flores a diario. Yo les iba a preguntar, pero entró mamá en la cocina y se callaron.

—¡Qué saben las criadas! Nenita, ¿por qué estás con ellas?

—Para ayudarles; hay que trabajar mucho. *Mamaíta* hace dulce de naranja, de coco, de guayaba, y eso se vende, ¿comprendes? Y *mamaíta* tuesta el café, porque las muchachas, como han de mojarse, podrían tomar un pasmo.

—Querrás decir que les puede dar el tétanos; por cierto que desde que Zamora se enteró, en cuanto se moja, dice que «se va a morir del *tuétano*».

—Es muy gracioso, tu criado, y muy bueno. Cuando viene les dice a las muchachas que no debieran consentir que las señoras hiciesen nada. Pero esto es imposible. *Carita* le ayuda a

Rosa para todo lo de la casa; mamá dirige a *Lupe* en la cocina, y yo...

—Estás, como Dios, en todas partes; y al mismo tiempo le enciendes una vela al Diablo.

—Que eres tú.

—No, señorita: que es el gato; así está el de *parejero*.

—¡*Parejero!* ¡Ya se te pegó! ¡Ya te vas *aplattanando*. ¿No me dijiste que se había de decir *envanecido*?

* * *

Así eran los amores de García y Avelina, que diferentes de todos los novios, nunca habían hecho alusión a la Vicaría; pero eran sentimiento suficientemente noble para confundirse él de entrar en la casa, y para avergonzarse ella de recibirle. Sin embargo, nada se atrevió a decir.

Su hermana, cuatro años mayor que ella, y, por lo tanto, más arraigado en sus recuerdos el cambio de fortuna sufrido, se dolía de verse convertida en patrona. Pero, como en Avelina, triunfó en ella el amor a su madre y la bondad de su corazón.

VIII

Se trasladaron los oficiales a la hermosa casa de las «insurrectas» en donde había algo más que aquello que mencionó doña Caridad en punto a comida y no faltaba el cuarto de baño, las habitaciones grandes, las hamacas en la parte fresca de la casa y los mil detalles que tanto se aprecian cuando durante largo tiempo no nos hicieron la vida amable. Imposible les parecía a los pobrecillos, que habían pasado tantas privaciones, tomar leche fresca, café aromático, refrescos de frutas en las horas calurosas y como a todo se sumaba una amabilidad tan desprovista de afectación, el agradecimiento de los jóvenes no tenía límites y muy pronto reinó en la casa la mayor cordialidad.

Los amores de García y Avelina eran los de dos seres que vivían de ilusiones, forjándose quimeras. Estaban en la dorada edad de las esperanzas, en la que no se cree en la fatalidad.

Ezpeleta se iba encariñando con *Carita*; lo comprendía y lo disimulaba; le hubiera parecido una ofensa a las bondades de su madre hablarle de amor. Pero ella lo comprendía y se

sentía feliz. Había tratado en vano de vencer su corazón. ¿Qué había de suceder? ¿Y era posible oponerse a lo inevitable? Tenía la joven mucho de la firmeza y de la serenidad de su madre. Y ésta, pensando sin cesar en sus hijos, en el tremendo desenlace de la guerra, sorteaba todos los obstáculos sin vacilaciones, sin lágrimas, sin quejas.

Esto ocurría en la época de las lluvias, por lo que no había operaciones y los oficiales vivían en guerra una especie de vida de guarnición, aguardando órdenes para una gran batalla.

Y como si con ellos estuviese la alegría del vivir, un día escribió Arturo, el hijo mayor, diciendo que estaba arrepentido, pues «nada iban a salir ganando», aunque *Moncho*, el pequeño, asegurase lo contrario. Ambos estaban contentos.

Las cartas de los ausentes, por muy esperadas que hayan sido, nunca llegan tarde. Nada tan codiciado como el sobre de letra conocida, que rasgamos con ansia.

Hasta *Lupe* hacía primores en la cocina, cuya dirección había tomado Martín, a pesar de las protestas de *Chichy*. Guadalupe era una hermosa cuarterona de facciones finas y cuerpo bonito por la que bebía los vientos *ño Mariano* (el señor Mariano), un viudo cuarentón, dueño de una lechería vecina; pero, según Rosa, la negrita endiablada que todo lo sabía, «*Lupe*

estaba enamorada del blanquito que le enseñaba a guisar».

¡Hasta *Lupe* era valiente e... *insurrecta*, con respecto a su raza l, y *ño Mariano* pensó en vengarse.

IX

Una mañana entró el lechero en el zaguán, preguntándole a Rosa por Guadalupe.

—¿*Pa* qué quiere ver a *Lupe*? Está *ocupá*: ya sabe su mersé que acá no *pué* venir a procurarla.

—¿Lo manda a desir *eya*?

La mulata se asomó y dirigiéndose al que así contestaba a Rosa, le dijo:

—Buenos días, *ño Mariano*, ¿qué *jué* lo que le mandé a desir?

—*Náa...*, pero yo quería saber... lo que te interesé.

—Pues mire, *ño Mariano*, no cuente conmigo, ¿sabe?

Y como si nada hubiese dicho, se volvió al fogón.

* * *

El señor Mariano era un buen hombre, pero

el desprecio se le subió a la cabeza y se avergonzó de pedir explicaciones a Martín, un mozo, un chiquillo.

Pocos días después, un hombretón se presentó a Ezpeleta en queja de que los soldados lavasen en el río; contestóle cortésmente el oficial; respondió el otro con un insulto soez, y creyéndolo aquél borracho, le volvió la espalda, siendo seguido sin percatarse.

Unas horas más tarde, Rosa, muy asustada, llamaba a sus amas.

—Ahí está un hombre que pregunta por el blanco que dice «que tienen sus mercés *escondido*»; don Manuel o don Julio, yo no sé.

—¿Están los dos en casa?

—Sí, señora, doña Caridad.

—A ver lo que quiere ese hombre.

Salieron madre e hijas.

—¿Qué se le ofrece a usted?

—Tengo que hablar con ese señor que se ha metido aquí y que *ustés* esconden.

—Aquí no se ha metido nadie; en esta casa, que es la mía, viven dos señores y en mi casa no se busca a ninguno porque *ninguno se esconde*.

Y como el hombre hiciera ademán de adelantarse, la señora y sus hijas encuadraron la puerta, diciendo a un tiempo:

—No se pasa.

—Sus mersés queden con Dios.

—El le acompañe a usted.

Y el negro desapareció por el portón, muy a tiempo, pues ya García Robles, revólver en mano, estaba junto a las señoras, dispuesto a defenderlas.

—Guarde usted el arma—dijo doña Caridad.

—Pero, ¿qué quería ese hombre?

—Nada, como usted ve; hay que conocerlos.

* * *

Rosa había corrido a avisar a los oficiales, sin hablarles del motivo del peligro que significaban las palabras del mal hombre. Y mientras uno se dispuso a auxiliar a las señoras, el otro salía a la calle dirigiéndose al portón, a pocos pasos de la puerta de entrada a la casa.

Así, al salir, vió acercarse a Ezpeleta, que, reconociéndolo al momento, le preguntó con admirable sangre fría:

—¿Qué hay, amigo? ¿Tiene usted nueva queja que darme? Venga y hablaremos, que en esta casa no debe buscárseme.

Los ojos del oficial terminaron la frase y el matón contestó presentando su manaza:

—Choque, mi teniente, y nada tema.

—Un hombre nada debe temer de otro hombre—contestó, y estrechando la mano que se le tendía, siguió tranquilamente su camino.

X

Así las cosas, los jóvenes tenían frecuentes conferencias para buscar el modo de dejar el techo hospitalario, pues si hasta entonces pudieron cumplir pecuniariamente con doña Caridad, lo que era un alivio para ella, escasearon las pagas, dejaron de percibir las y un día los dos, atentamente, le dijeron su resolución.

—De ningún modo—contestó ella—saldrán ustedes de esta casa para lo que Dios sea servido: la victoria o la derrota: la vida o la muerte, pero permanecerán en ella mientras esto no se presente. Hay mucho enemigo oculto; mientras les cobije este techo, sus personas serán sagradas.

El inmenso sacrificio fué comprendido y aceptado con igual reconocimiento.

Un mes después salían los dos amigos a campaña, dejando aquel hogar, triste, vacío.

XI

La emboscada era en la espesura de la manigua y la batalla fué ruda, cuerpo a cuerpo al fin. Defendía García Robles una pequeña

posición. Su pobre Zamora yacía en tierra con la cabeza abierta. Encarnizado el ataque; valerosa la defensa. De aquel puñado de hombres quedaban unos pocos.

El jefe de la partida le decía al delicado oficial, con el machete en alto: «Ríndete de una vez y te respeto la vida.»

—Los soldados españoles no nos rendimos nunca..

Al machetazo, cayó el oficial.

Ezpeleta, acudiendo en auxilio de su compañero, disparó. También cayó el adversario. Dispersáronse los pocos que quedaban.

Allí estaba la verdad: «no somos más que víctimas».

* * *

Momentos después, Ezpeleta cubría con uno de esos pañuelos grandes, hechos de tres tiras rojas y amarillas, que llevan los licenciados a sus casas, el cuerpo de García Robles.

Lágrimas amargas resbalaban por sus mejillas atezadas; triste más que nunca era la mirada de sus ojos negros; fervorosa la plegaria que del corazón le subió a los labios.

Ayudado de Martín, que se bebía las lágrimas ante el cadáver de Zamora, él mismo, el noble Ezpeleta, sepultó aquel cuerpo bello que al sucumbir heroicamente, bien mereció bajar a la tierra envuelto en la bandera patria.

* * *

—Mi teniente—dijo Martín, que con los pocos soldados que quedaban daba sepultura a los muertos,—¿qué hacemos con este hombre?

Se acercó el oficial y examinó al insurrecto, matador de su amigo.

Estaba muerto; su bala fué certera; debió de causarle la muerte instantáneamente, pues ni la contracción del dolor tenía su semblante.

Era un blanco, muy joven; un hermoso atleta.

—Enterrémoslo—dijo Ezpeleta, cuya bondad era sólo comparable a su valor sereno.

¡Una madre lloraría, quizás a aquel otro valiente!

XII

Varios días después volvía el oficial a la ciudad. Enfermo iba de paludismo; ingresaría en el hospital, pero antes pensaba visitar la casa querida, nunca olvidada.

Su dolor por la muerte del compañero era grande, profundísimo; lo había llegado a querer como a un hermano, quizás por el contraste de sus caracteres. Recordaba cómo rebatía sus presentimientos con salidas así: «No lo dudes, Manolo; si no en el Museo entre los cuadros

de Murillo, en Blanco y Negro, con esto al pie: *El segundo teniente García Robles, ascendido a capitán, por méritos de guerra, a los 23 años y medio.*—«Bueno, hombre, si no obtenemos una cruz, nos hacemos con ella: *Carita*, con su ídem deliciosa, sus ojos rasgados y su magnífica figura, vamos, como si fuese la *Laureada* para ti. Yo me conformo con *Banina*; ¡es tan suave para crucecita!» Aquella misma tarde de su muerte le gastaba tales bromas.

* * *

Llegó a la casa sintiéndose desfallecer, pero sin poder substraerse al deseo de ver a sus dueñas.

Le recibió doña Caridad, que ante su aspecto desolado, no quiso preguntarle nada...

Entraron las niñas, muy impresionadas, y Avelina, sin poderse contener, le dijo con un acento como de vivo reproche:

—¿Pero, Manolo, qué pasa?

Sintió él como si la pregunta le sonrojase, como si la herida mal cicatrizada volviese a abrirse. Se olvidó de todo para acordarse únicamente de aquella muerte injusta y exclamó:

—¡*Que han matado ustedes a mi compañero!*

Avelina lo miró con ojos extraviados, y él, dándose cuenta del dolor que acababa de causar por su propio dolor, rompió en sollozos...

.....

Estuvo muy malo; llegó a la muerte y en

su delirio mezclaba los nombres de su madre, de su amigo y de *Banina*. A veces decía también: *ustedes lo han matado*; y se estremecía.

Cuando la crisis pasó, no recordaba nada; era un buen enfermo a quien parecía muy natural que *Carita* lo cuidara con cariño de hermana.

Avelina, al principio, no quería verlo: entonces fué cuando dijo sus amores con el oficial malogrado. Su madre la convenció de que sólo el dolor y la fiebre pudieron enloquecer a Ezpeleta hasta el extremo de dar la fatal noticia de aquel modo.

La pobre niña lloraba, diciendo: ¡Cómo se fué mi primer cariño! ¡Y lo matamos nosotros!...

Y entraba en el cuarto de Ezpeleta, mostrándole afectuoso interés.

XIII

Convalesciente el oficial, hablaba con *Carita* de todo aquello, que le parecía un sueño; y no pudiendo substraerse ya al ascendiente que sobre él tenía la preciosa muchacha, a fin de vencerla de su agradecimiento, ya antiguo, le

entregó, para que la leyese, la última carta de su madre.

Decía así:

«Querido hijo mío: Bien sabes el afán con que espero tus cartas, lo que sufro por su tardanza y mi alegría al recibirlas.

»Esta última que contesto se hizo esperar mucho, y aunque me decían que el vapor habría tardado en llegar a Cádiz por causa de los temporales y que la correspondencia no se había repartido aquí aún por la misma razón, yo, como siempre, pensaba en algo malo y le rogaba a la Virgen por ti.

»Manolín, hijo mío, cuando tus cartas tardan pienso en las balas, en las calenturas, en una vacilación que pudiera ser causa de un consejo de guerra.

»¡Hijo del alma, todo menos esto último! ¡No vaciles nunca!

»Pero no sé, en verdad, a qué viene que te diga estas cosas a ti, un Ezpeleta de los Monteros, precisamente cuando esta última carta tuya me ha llenado de alegría. Son... cosas de las madres, que a veces nos volvemos niñas.

»Mira si soy niña: cuando espero carta, sufro; pienso en cuanto te he dicho. La recibo y se me pasa y se me olvida todo. ¡Como si al recibirla no pudiese haber ocurrido lo que antes temiera!

»La alegría es porque me dices: «Madre, fuera de lo que puede acontecerme en mi deber de soldado, hoy estoy a cubierto de privaciones, de

molestias, y no tengas celos, madrecica; no me faltan cuidados maternos, afectuosos. Vivo en la casa de aquellas señoras de quienes te hablé. Las dueñas del gato que quiso hacernos comer el buenazo de Martín, sintiéndose bruto por amor al prójimo. ¿Recuerdas que te conté el caso? Así han venido las cosas. Y doña Caridad, que así se llama la señora, justifica su nombre; y su heroísmo maternal me hace quererla y recordarte más que nunca».

»Dios bendiga a esa señora, Manolo, y derrame sobre ella y sus hijas toda su gracia. La quiero tanto ya, que habiéndole temido al mar toda mi vida, lo cruzaría por abrazarla.

»Ya ves si tengo celos, hijo; cariño, mucho cariño es lo que siento.

»Tu tío y los primos Monteros, como siempre, te recuerdan. A Martín, un abrazo de su madre, ya que la pobrecica no sabe escribir.

»Te abraza, te besa y te bendice, tu madre para quien lo eres todo, *Pilar*.»

Terminó Carita la lectura, muy conmovida, y le dijo:

—Pues ya ve usted que no puede marcharse de casa como piensa; su mamá se opone y yo se lo ruego.

—Y yo, Carita, haré cuanto usted y mi madre quieran, menos quedarme aquí por más tiempo. La campaña toca a su término; es insostenible ya.

—Pero mientras les tengan a ustedes en esta provincia, nada se opone a que sigan aquí,

Se refería la joven, al decir «ustedes», a otro compañero del oficial que durante la enfermedad de éste había sido admitido en la casa, y siguió diciendo:

—Ya no han de sufrir por el asunto primordial; están al corriente con mamá.

—Pero yo la quiero a usted, Carita, y sufro por este cariño, que veo es un imposible—dijo al fin.

—¿Por qué el oficial español no puede querer a la *insurrecta*?...

Lo dijo ella con mucha dulzura en la voz, con una sonrisa de inefable bondad, con una caricia maternal en los ojos, añadiendo:

—Si el oficial español dice que quiere a la *insurrecta*, ¿no sabrá imponer a la Vida, que es tan injusta, la firmeza de su amor?

—Y ella—repuso él,—la dulce mujer que sonrió en medio de sus dolores, acogiendo al enemigo, sin ver más que al expatriado; la bondadosa criatura que perdonó al heraldo de la desgracia, la hija de la Caridad que en horas de fatiga cuidó al enfermo, ¿querrá, por ese amor, aceptar lo que viniera? ¿El renunciamento, el sacrificio?

—Querrá—afirmó Carita,—porque sabe que para el amor verdadero no hay renunciación ni sacrificio.

—¡Caridad! ¡Amada mía! ¿Cómo te ha de pagar este amor mi madre?...

—Como la mía el tuyo, Manuel.

* * *

Y así fué como aquellos corazones quedaron unidos para siempre, afrontando lo que se llama «imposible».

XIV

Nada le dijo la niña a su madre, en continua zozobra por sus hijos: en la parte del monte menudeaban los encuentros, siendo la situación cada vez más comprometida.

Tampoco le habló de ello a su hermana, entristecida desde aquella su primera y justificada pena de amor.

Carita, como esos seres cuyo optimismo es cual una antorcha, esperaba confiada en aquel cariño que había venido a reanimarla en lo más fuerte de una atribulada situación.

También Ezpeleta confiaba, sin saber por qué.

* * *

Una tarde, al regresar con su compañero a la casa, les recibió Avelina, pálida, llorosa, con expresión de terror, descompuesto su bellissimo semblante, como enloquecida.

Ezpeleta, presintiendo un nuevo dolor, le preguntó, ansioso:

—¿Qué hay, *Banina*?

—¡*Que han matado ustedes a mi hermano!*

Salió el emisario de la desgracia al mismo tiempo; era un mulato que llevaba un papel: tal vez la firma de la madre al parte recibido...

* * *

Con el corazón en un puño llegaron los oficiales ante la señora, que apoyaba la frente en el pecho de Carita.

Ezpeleta, con aquel gesto de nobleza y aquella voz sonora, díjole:

—Señora: que ha sido otra madre para nosotros, y más que para ninguno para mí; por el bien que nos ha hecho pensando en sus hijos, en recuerdo de sus propias palabras de consuelo, en nombre de mi madre que la bendice, tenga usted valor.

—Y ahora—dijo el otro oficial,—sin que esto sea más que nuestro deber, y sin que nunca olvidemos sus bondades, señora, permítanos usted dejar su casa.

—¡Oh, no! ¡Eso no!—dijo Avelina comprendiendo que aquello obedecía a la dureza de sus palabras.

Carita agradeció a su hermana con una mirada indefinible aquel arranque generoso.

Y la señora, respondiendo como siempre a los dictados de su corazón de oro, tendió ambas manos a los dos oficiales, diciéndoles:

—¿Irse? ¿Y por qué? ¿Por mi dolor? ¿No es este dolor de madre, universal, infinito? ¿Acaso... no tienen ustedes también madre?...

Caía la tarde; saturaban el ambiente los aromas del cactus, del mirto, del azahar. Empezaban a destacarse las estrellas simulando ascuas brillantísimas en aquel cielo tropical de un azul de belleza incomparable.

En la sala donde las *insurrectas* estaban cuando Zamora les llevó a «Chichy», en la que recibieron a los oficiales pocos meses antes, se percibía el suave rumor del rezo, la oración de las ánimas: «Dadles, Señor, el descanso eterno y haced lucir sobre ellas vuestra eterna luz... Por Moncho, por Julito, por el pobre soldado».

Saturadas de lágrimas subían al cielo las plegarias.

Una suave paz inundaba los corazones en el día en que terminaba la práctica piadosa de las familias del país de rezar la novena por el deudo finado.

Ezpeleta se acercó a la madre dolorida y con voz velada por la emoción le dijo:

—¡Valor, madre mía!

Instantáneamente comprendió ella: aquellas palabras respondían a la mirada suplicante de su hija, y en su alma hermosa, en tinieblas unos largos momentos por aquel dolor últimamente sufrido, se hizo la luz. Sonrió a su hija y besó en la frente al soldado, diciéndole:

—No me falta el valor, hijo mío.

CARMEN DE ABAD («MARUJA»)

Margarita Nelken

¡Margarita Nelken! He ahí un nombre de todos conocido y admirado.

¿Porque quién no se deleitó con la prosa gallarda, rica, vibrante y fluida de esa escritora, que en plena juventud tiene alcanzada una popularidad que no consiguieron otras grandes novelistas, ni aun en el otoño de su vida literaria?

Así, Margarita Nelken podría ostentar como divisa el «veni, vidi, vici» de César, ya que al asomarse al mundo de las letras, cuando acababa de dejar atrás sus quince abriles, esa mujercita de áurea cabellera y claros ojos de poupé, publicó su primer artículo en «The Studio», de Londres, siendo ya desde entonces asiduas sus colaboraciones en la prensa extranjera, enjoyando con su firma prestigiosa las páginas de «Le Mercure de France», «La Gazette des Beaux-